Universidad Nacional de Rosario

Facultad de Psicología

TRABAJO INTEGRADOR FINAL

Filiación universitaria: De la reproducción al artificio

Modalidad de presentación: Ensayo

Autora: Lugo, Andrea Victoria

Legajo: L-5129/2

Docente responsable: Bello Mariano

2026

Agradecimientos:

A mi padrino y a mi tía por haberme brindado un hogar con amor, música, palabras y por haber sido quienes me impulsaron a vivir en esta ciudad y a estudiar.

A mi padre por su historia y su humildad, por bancar mi deseo y confiar en mí.

A mi madre por lo que no, pero también por lo que sí.

A mis compañeros de La Masotta, por la filiación a la Universidad Pública, a la clase social a la que pertenezco y por enseñarme a construir con y para otros.

A Alejandro, mi primer analista, por el gran trabajo que implicó empezar a leer de dónde venía para trazar hacia donde ir.

A mis amigos y a los amores, por la posibilidad de elegirlos y por elegirme a mí para andar juntos tramos de la vida, si tienen esa designación es porque pudimos armar conversaciones, muchas risas y varias cagadas. A los que están y a quienes ya no, pero que recuerdo con mucho cariño.

A los grupos de lectura y formación por los que he transitado. A los maestros y docentes que han transmitido con frescura, pasión, convite y responsabilidad.

A todas las personas que me tiraron centros y confiaron en mí, más de lo que yo puedo hacerlo.

Al peronismo y a la Universidad Pública, por brindarme a mí y a tantos más, la posibilidad de estudiar. Ahora ingresa otra más al club “Primera Generación Universitaria”.

A Damián, mi analista, por aventurarme a una nueva vida.

Y, por último, pero no menos importante, a mí, por desafiar al origen con insistencia y novedad cuando las cosas se pusieron difíciles.

Índice

Resumen …… 4

Introducción ……5

Desarrollo

1. **Filiación, herencia y transmisión** ……-……7
2. **Filiación universitaria** ……..……....11
3. **Lectura y filiación** ……..…...…15
4. **Autorización y estilo** ……..…..…18

Reflexiones finales ……..……..……...21

Referencias Bibliográficas ……..…….……22

Resumen:

El presente ensayo aborda el proceso de filiación de los estudiantes en el ámbito de la Universidad Pública, interrogando las tensiones que emergen entre la reproducción del saber institucional y el acto creador que, lectura mediante, tiene como efecto la aproximación a un estilo.

Se plantea como hipótesis central que la verdadera transmisión no se agota en la repetición mimética del catálogo de términos académicos, sino que exige una operación de corte capaz de transformar la herencia y sus paradojas, desde la implicancia subjetiva. El recorrido conceptual se despliega en cuatro momentos: en primer lugar, se deconstruye la noción lineal de la herencia desde los aportes de Michel Foucault y Sigmund Freud, situando al sujeto como un "semi-heredero" frente a las lagunas del saber en la transmisión. En un segundo momento, se analiza el impacto del capital cultural institucional, las condiciones históricas, familiares y sociales de los estudiantes en articulación a la función docente en la transmisión y su efecto filiatorio. El tercer apartado, propone a la lectura como una práctica erótica y sintomal que incluye al nombre propio y cuerpo del lector, donde el olvido opera como condición de instauración discursiva. Finalmente, se recurre a la propuesta lacaniana del retorno a Freud y a la experiencia biográfica de Oscar Masotta para situar la autorización. Se concluye que el advenimiento de un estilo singular no supone prescindir de las marcas que lo anteceden, sino producir un cruce exótico entre lo familiar y lo extranjero que aloje la propia falta.

Palabras clave: Filiación universitaria – Transmisión – Lectura – Autorización – Estilo.

Introducción:

El ingreso a la universidad confronta al sujeto con una encrucijada subjetiva e institucional: inscribirse en una genealogía del saber y, simultáneamente, la responsabilidad de producir una palabra propia. Este trayecto exige correrse del eje pedagógico tradicional para situar los avatares que se despliegan cuando la universidad pública opera como un espacio exogámico de apertura hacia nuevos lazos. Dicho pasaje confronta al estudiante con la necesidad imperiosa de realizar una lectura de la propia historia y de los ideales que lo habitan, pues es allí, en ese linde entre lo familiar y lo extranjero, donde el proceso filiatorio se relanza. Lejos de proponer una asimilación pasiva del capital cultural o una repetición mimética, este escrito ensayístico se propone examinar cómo el acto de lectura -que implica interrogación y separación- subvierten la reproducción dogmática del saber, habilitando un margen indispensable para que acontezca el advenimiento de una posición y un estilo singular.

Para desplegar este recorrido, el trabajo se estructura en cuatro momentos delimitados. En el primer apartado, "Filiación, herencia y transmisión", se deconstruye la noción lineal y cronológica de la herencia a partir de los aportes de Michel Foucault y Sigmund Freud. Allí se postula que el lazo filiatorio es estructuralmente paradójico e incompleto, lo que nos posiciona a todos como "semi-herederos" obligados a responder subjetivamente ante las lagunas y vacíos del saber.

El segundo bloque, "Filiación y universidad", traslada esta lógica a un tercer momento filiatorio: la universidad. Se analiza cómo el choque con el capital cultural de la institución académica produce, una inicial sensación de impostura o farsa en el estudiante. Frente a esto, se rescata la ética de la transmisión y la función de aquellos docentes que, lejos de demandar la repetición doctrinaria del discurso universitario o el discurso Amo, propician la histerización del discurso, interpelando al alumno a tomar la palabra allí donde el saber del Otro genera un vacío.

En el tercer apartado, "Lectura y filiación", se aborda el acto de leer como una práctica erótica y sintomal, ligada indisociablemente al cuerpo y al nombre

propio. A partir de la noción foucaultiana de instauración, se propone que las lagunas y olvidos de la lectura no constituyen obstáculos, sino las condiciones de posibilidad para que el lector construya sus propias coordenadas e interrogue los determinismos del mito de origen, traicionando la autoridad de la cita para evitar quedar aplastado por ella.

Finalmente, en "Autorización y estilo", se amarran los desarrollos previos mediante un análisis de la propuesta lacaniana del retorno a Freud y, fundamentalmente, de la experiencia biográfica y ensayística de Oscar Masotta. A través de este autor, se ilustra de qué manera la asunción del "exotismo" y la soledad frente a la encrucijada —allí donde no hay Otro que responda— habilitan la invención como un acto irreversible. El ensayo concluye situando la autorización subjetiva no en la pretensión ingenua de desprenderse de las marcas que anteceden, sino en la posibilidad de leerlas en pos de hacer algo singular con ellas mediante el advenimiento de un estilo.

Desarrollo:

Filiación, herencia y transmisión:

Si bien la filiación implica la inscripción de lugares desde lo jurídico o el hecho biológico que involucra reproducción y nacimiento, no se agota allí. Es necesario que ocurra otra operación para que exista un vínculo y su nominación (madre, padre, hijo/a) y para que cada sujeto pueda inscribirse en una genealogía, la cual no supone una cronología lineal entre una generación y otra. Foucault (1971) en *Nietzsche, la genealogía y la historia,* retoma a Nietzsche para introducir este método como otra manera de hacer historia y agrega que tiene una tarea indispensable*:*

> percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona, encontrarlos allí donde menos se espera y en aquello que pasa desapercibido por no tener nada de historia -los sentimientos, el amor, la conciencia y los instintos- captar su retorno, pero en absoluto para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reencontrar las diferentes escenas en las que han jugado diferentes papeles; definir incluso el punto de su ausencia, el momento en el que no han tenido lugar. La historia aprende también a reírse de las solemnidades del origen. (pág. 1-2)

En este sentido, la filiación puede pensarse más allá de una sucesión lineal de generaciones, ya que la inscripción en una genealogía no queda garantizada únicamente por el origen biológico o jurídico. Al respecto, Zambra (2023) expresa:

> Los padrastros empiezan perdiendo la ruidosa batalla de la legitimidad. Pero de pronto alguien va y dice: Mi padrastro fue mi verdadero padre.
>
> Tal vez todos los padres somos, en el fondo, padrastros de nuestros hijos. La biología nos asegura un lugar en sus vidas, pero igual ansiamos que nos elijan como padres. Que alguna vez digan esta frase tan maravillosamente rara: mi padre fue mi verdadero padre. (pág. 19)

Esta cita ejemplifica cómo, desde el relato literario, el psicoanálisis puede ofrecer otra posibilidad de lectura para ir un poco más allá de la biología o lo

jurídico. Si bien Freud no menciona la noción de filiación, es posible ubicar en sus diferentes escritos los efectos del padre en el psiquismo y la respuesta singular de cada sujeto ante dicha instancia.

Al respecto, en *Tótem y Tabú* (1913/2012), apela a la oralidad, allí se describe que, en el acto de devoración del padre, los hermanos forzaban la identificación con él, cada uno se apropiaba de un fragmento de su fuerza; es decir que no se logra una identificación total a imagen y semejanza del padre o una reproducción, sino una incorporación fragmentaria de aquello que de él pueda ser tomado. Al respecto, Bugacoff et al. (2001) señalan que "El forzamiento de la identificación, dice de la no naturalidad de la operación, pero además de su fragilidad y precariedad" (p. 20). El ejemplo de este hecho son los rituales, comidas o ceremonias que se practican con insistencia para intentar garantizar dicho lazo. Si es necesario recurrir a estas prácticas para sostener y renovar la identificación, es posible pensar que el lazo filiatorio no queda garantizado de una vez y para siempre por el hecho de compartir un origen o una pertenencia. El lazo filiatorio resulta así paradójico, ya que en su estructura misma requiere de movimientos simultáneos: unión y separación, continuidad y discontinuidad.

Por lo tanto, el sujeto tampoco coincidirá plenamente con la herencia ya que filiarse no significa pertenecer necesariamente a una familia o grupo, ni representa el simple pasaje de una generación a la otra; sino que estaría más próximo a la posibilidad de construir un lugar a partir de una herencia incompleta. De tal manera, todos los sujetos devienen "semi-herederos" de aquello que se hereda y no se recibe sin conflicto.

Esta herencia incompleta puede confrontar al sujeto con distintas posiciones. Por un lado, la exigencia de no estar a la altura; por el otro, el desentendimiento o el rechazo de lo heredado caracterizada por la ilusión de autonomía personal o "hacerse solo". Ambos extremos implican un borramiento de las marcas o el riesgo de quedar arrasado por ellas sin cuestionamiento. El sujeto evita enfrentarse a la paradoja que implica la filiación. En ninguno de estos casos se produce un corte o una interrogación posible: o bien la herencia se impone como una medida a la que el sujeto debe responder bajo el mandato de "sé mi heredero", o bien se pretende prescindir de ella por completo.

En este sentido, la filiación supone una posición que no se ubica ni en la completa identificación con aquello que se recibe ni en su rechazo absoluto, sino en la posibilidad de hacer algo con esa herencia. La dificultad de sostener esta tercera posición puede llevar al sujeto a buscar una consistencia -aunque se torne obturante- allí donde el lazo, por estructura, no la garantiza. Por tal motivo, el superyó puede constituir una de las formas a través de las cuales el sujeto intenta desconocer la inconsistencia.

Esto conduce a plantear cómo se produce el legado y qué condiciones permiten que algo sea transmitido y recibido como tal. Al respecto, Bugacoff et al. (2001) nombran como indispensables: la transmisión, el don, el Nombre del Padre, el acto y el deseo. Lo que el padre transmite es la transmisión; un don que excede el intento de captura y que se halla, por su propia naturaleza, destinado, en parte, a la pérdida.

Uno de los nombres del padre es el de la encrucijada como significante. El lazo filiatorio articula dos vertientes: carretera principal como aquella que indicaría el camino con sus carteles y advertencias; y encrucijada como la suspensión o los vacíos que aquella incluye, pausando la orientación o certezas preliminares. Esta característica perfora al saber y posibilita la transmisión misma: no hay garantías, la apropiación es estructuralmente impropia y el heredero no queda determinado ni meramente subordinado a la misma.

Entonces, es necesario que opere el Nombre del Padre como carretera principal, pero sin desconocer que esta conlleva la encrucijada como la posibilidad misma del extravío.

En la transmisión algo se escapa y no pasa idéntica de un sujeto a otro, entonces ante el interrogante sobre el modo de operar, cobran relevancia las categorías del don y del acto. Frente a la dimensión inconmensurable del don, que introduce un vacío en el saber, en el mejor de los casos se puede responder mediante el acto, estableciendo un salto sin garantías donde el sujeto encuentra un lugar para hacer lo que no sabe. Al respecto, Bugacoff et al. (2001) señalan:

> Lo que no se sabe se practica y ahí tenemos la dimensión del acto; lo que no se sabe se da, he ahí la dimensión del don y donde no se sabe se nombra; ahí deviene la dimensión del nombre. El acto, el don y el nombre son tres dimensiones inherentes a la paternidad, al lazo filiatorio que se ponen en juego por esta exigencia de salto respecto al vacío en el saber. (pág. 98)

El don excede lo calculable en cuanto a sus efectos, ya que va más allá del circuito dar y recibir; por lo tanto, no coincide con el reconocimiento, si así fuera, se vuelve imposible como tal. Desde esta premisa, es posible plantear que aquello que se transmite y que excede o perfora el saber -el espacio por donde circula el don- es el deseo. Si ese plus está destinado a la pérdida, se abre la posibilidad de que allí emerja el deseo de lo que no se sabe hacer o decir.

Así, en tanto sujetos, sobreviene la tarea de apropiarse del lenguaje y crear una forma de hablar, lo que implica advertir que no está todo dicho. En el mejor de los casos estos avatares de la lengua, operan como causa de deseo.

Al respecto, se presenta el ejemplo de Octave Mannoni (citado en Bugacoff et al., 2001), donde un niño le pregunta a su madre por el nombre de algo que está ocurriendo; ella le responde que eso no tiene nombre y el niño, al principio, queda perplejo. Dice que por una vez su madre no lo comprendió, pero es entonces cuando comienza a indagar sobre aquellas cosas que desconoce. Es posible observar cómo, lejos de quedar paralizado ante el no saber de su madre, el niño responde poniéndose en movimiento, dirigiéndose a investigar y a nombrar aquello que desconoce.

De este modo, la transmisión no supone la entrega de un saber completo, sino la posibilidad de que aquello que falta, habilite al sujeto a hacer algo con lo recibido: tomar una posición y continuar por un camino que, aunque cuenta con una carretera, no deja de presentar encrucijadas.

Filiación universitaria:

Luego de haber establecido a la filiación como aquello que liga y desliga con todas sus paradojas y vacíos; es posible analizar cómo se relanza este proceso y cuáles son sus efectos en el ingreso a la universidad.

Dicha operación es estructural y común, sin embargo; las condiciones sociales, culturales y familiares en las que cada estudiante la realiza, son diferentes.

Aquellos estudiantes provenientes de familias universitarias o de instituciones vinculadas a dicho ámbito, experimentan una transición menos abrupta, pues se encuentran familiarizados con los modos de estudio exigidos en la vida académica. En cambio, en quienes constituyen la primera generación universitaria se explicitan mayores tensiones, ya que se enfrentan con un panorama inédito en contraposición a los conocimientos previos y hábitos de estudio. Este fenómeno se comprende de manera más precisa a través del concepto de capital cultural de Pierre Bourdieu (2014), el cual evidencia las diferencias respecto a los bienes culturales que se poseen según la posición en el espacio social. La ausencia de cierto capital académico, o de un entorno familiar que haya oficiado de referencia en el discurso universitario, puede convertirse en una barrera adicional que dificulta la inclusión al espacio.

Ahora bien, en los diversos casos – se trate de primera, segunda o tercera generación- los estudiantes, en algún momento de su trayectoria, confrontan con interrogantes en torno a su pertenencia institucional, la legitimidad de su lugar en la academia y la modalidad de relación que desean entablar con la misma. En este punto, cobra vigencia el conocido relato que predominó en la época del ascenso social bajo el lema “mi hijo el dotor”, donde el ingreso a los estudios superiores respondía, con frecuencia, a la necesidad de satisfacer el ideal de los padres. Asimismo, se constatan las trayectorias de quienes siguieron el mandato de familias de profesionales para luego no ejercer, o de tantos otros que no encontraban el modo de comunicar a sus entornos que aquello no les interesaba.

Entonces, si esta sensación de impostura no constituye un déficit exclusivo de la primera generación, cabe preguntarse por las condiciones que hacen posible que alguien se autorice a ocupar un lugar en determinado mundo simbólico. Se

evidencia allí cómo la filiación deja de ser solamente un proceso institucional para convertirse en una operación subjetiva que implicará, a su vez, una lectura de los ideales que habitan al sujeto. De este modo, se posibilita llevar a cabo un acto cuyo efecto introduzca un margen de distancia y evite quedar completamente alienado al Otro.

En este punto resulta sustancial retomar el significante “semi-heredero”, pues serlo no implica poseer íntegramente aquello que se recibe. La herencia exige una operación de lectura y separación, ya que nadie puede heredar algo de manera completa sin quedar al mismo tiempo, aplastado por ese legado. Al respecto, Gonella (2023) escribe: “El mármol, que, según Marx, oprime la cabeza de los vivos, muestra entonces sus nervaduras, su fragilidad y su musgo” (p. 242).

La universidad se presenta como una de las vías de apertura y oportunidad hacia la configuración de nuevos lazos exogámicos, constituidos por fuera del núcleo familiar. En este espacio convergen la relación con los docentes y su transmisión, los grupos de estudio y el encuentro con compañeros.

Si se considera que “el lazo filiatorio debe ser concebido en articulación con la asunción del don tú, un tú subordinado al Nombre del Padre” (Bugacoff et al., 2001, p. 49), en el sentido performativo del sujeto; ese *tú* opera como la marca de que no hay Otro del Otro que pueda responder. El sujeto es llamado a tomar la palabra en tanto no hay última palabra. Con frecuencia, en las respuestas estudiantiles se constatan los intentos por desimplicarse y esperar que el Otro responda en su lugar. Sin embargo, en la universidad, muchos docentes juegan un papel crucial al demandar al estudiante una posición de lectura y la producción de un saber.

Un ejemplo de ello ocurre cuando, en el marco de un examen, un alumno recita un texto de memoria y el docente interrumpe para interrogar sobre el modo en que dicho estudiante articula u opina sobre tal planteamiento. En esa intervención emerge el agujero en el saber, ya que se ejecuta una operación homóloga a la de una lectura no reproductiva: se demanda producir una posición. En el mejor de los casos, no se imponen órdenes directas sobre cómo estudiar o qué hacer; la carretera no está completamente señalizada. El sujeto

es introducido y reconocido en la escena como capaz de producir y tomar la palabra. No se trata, entonces, de transmitir contenidos que clausuren el sentido, sino de llamar al estudiante, interpelarlo.

Asimismo, cuando los docentes transmiten más allá de la mera repetición de contenidos, someten a los mismos a revisión que convoca a los alumnos a participar de esa contienda: la de cuestionar los textos, articularlos desde la dimensión singular con algún comentario o vivencia e, inclusive, generar nuevas ideas ante aquello que se expone. En este sentido, una enseñanza que tenga como horizonte la transmisión puede, por añadidura, generar un efecto filiatorio.

El acontecimiento del psicoanálisis en la cultura constituye un hito que inaugura nuevas formas de concebir la enseñanza, especialmente al introducir la dimensión de la singularidad como un eje a considerar en el vínculo pedagógico. Si a partir de Lacan el estilo se trama conjuntamente con ese otro a quien la transmisión se dirige -en la presente temática - quien se proponga enseñar lo estaría haciendo para alguien.

A su vez, es posible pensar a la enseñanza como algo que acontece paradójicamente en una dinámica de encuentros y desencuentros. Bajo esta perspectiva, la intención misma de transmitir, supone un malentendido por el solo hecho de que quien habla, porta y soporta un cuerpo atravesado por el lenguaje. En palabras de Germán García (2018): “El lenguaje no se observa, se escucha; no refleja, produce. Y el lenguaje no expresa, oculta. Es más, no comunica: goza” (p.35). De tal manera, se advierte la necesidad de no quedar atrapados en el terreno de la comunicación, es decir, poder pasar determinado saber, capturado o contenido en un concepto, de un lugar a otro en anhelada ilusión de continuidad, sin pérdida ni transformación. Pues los efectos de la palabra -que en ocasiones producen cortes o vacíos sorpresivos- exceden el cometido original para convertirse en una irrupción hacia la novedad. A través de la experiencia analítica, se ejemplifica que la relación con el saber no es de captura, sino que radica, justamente en su imposibilidad. En eso que no se termina de decir reside la potencia de la transmisión: su carácter incalculable.

Si se considera que, al intentar transmitir a un otro, este está allí integrando una relación transferencial y, por ende, suponiendo a otro un saber, se abre la posibilidad de que quien se ubique en posición de enseñar, podría hacerlo, aprendiendo. Esto se sitúa en las antípodas de cierta pedagogía tradicional -donde dicha práctica se reduce a una condición de posesión o carencia entre los participantes- y se orienta hacia una ética de la transmisión que otorgue lugar al acto creador.

Aún en una clase a la que asisten 200 alumnos, la transmisión se efectúa desde un sujeto a otro. Pues el deseo de saber no se suscribe ni se reduce a la producción mercantil de contenidos masificantes y homogéneos que llegan a todos por igual. En este sentido, es posible plantear una transmisión que aloje e invite a que cada estudiante realice con otros su propia experiencia, o al decir de Alejandro Benedetto (2011):

> Hacer llegar a otros algo que no tenemos, ese es el trabajo imposible. Imposible es prever adónde irá a parar lo que se ofrece, y más cuando lo ofrecido no puede ser nunca algo unívoco, total y absoluto; cuando no puede ser más que un indecible que excede la ingenua relación expuesta por toda la teoría pedagógica entre un maestro y sus alumnos. (p.108)

Por su parte, Salas Aviles y Almonte García (2013) exploran cómo las instituciones académicas se muestran limitadas al momento de transmitir saberes que requieren de inventiva o de desplegar una enseñanza que no se limite a la mera reproducción, como es el caso del psicoanálisis.

En este sentido, parafraseando a Lacan, tanto Marx como Freud producen discursos que no se ofrecen de manera acabada, sino que exigen la participación activa de quien lee para poder ser atravesados. Asimismo, la lectura freudiana del deseo insatisfecho en la histeria, permite reparar en otra dimensión de la enseñanza. El discurso histérico irrumpe señalando la falla en la ilusión del saber total o constituido, disputando el lugar de la falta frente a la reproducción dogmática encarnada por el discurso Amo y, en su versión académica, por el discurso universitario (Lacan, 2017). Esta perspectiva resulta clave al pensar los procesos de subjetivación en quienes acceden a la

universidad. La histerización del discurso puede operar como pregunta o puente al no ubicarse desde la totalidad del saber, posibilitando así una relación a la falta que, deseo mediante, dispone al sujeto al saber. A partir de este gesto, no solo se inaugura una experiencia singular de aprendizaje, sino que es posible arribar a una posición que dé lugar a la implicación del estudiante hacia una filiación simbólica nueva, no por repetición sino por invención.

Lectura y filiación:

> Una herencia que nada da por perdido no hace más que aplastar al heredero, convertido en un triste eco de una herencia rica pero intacta; intacta en tanto las posibilidades que abre —y entre ellas su propia disolución— han quedado selladas [...] acogen con la felicidad idiota de quien considera que la verdad ya fue dicha y que ahora solo resta invocar la autoridad de la cita, convertida en una caricatura de sí misma.
> — Ritvo (2023)

Si tal como se estableció en el primer apartado, la interrogación hacia la herencia implica una distancia para que el sujeto pueda leer, en ese punto, se establece una marca y posibilidad que nos confronta a todos como lectores de la propia historia. Al retomar el concepto de genealogía, es posible concebir a la herencia como análoga a un mito de origen: la narrativa transmitida sobre el linaje, los mandatos, costumbres e ideales que anteceden y atraviesan al sujeto, suelen inscribirse, en ocasiones, como determinismos. El hecho de no advertirlo,puede condenar a un destino trazado de antemano, frente al cual el sujeto permanece impotente. Desde este lente, origen puede coincidir con destino. La genealogía permite, entonces, interrogar aquello que se presenta como procedencia fija y determinada, para reconstruir las diferentes escenas, sus retornos, los detalles, gestos y personajes que pasan desapercibidos o bien aquellas ausencias que hacen posible que una historia pueda leerse o contarse de otra manera y, por ende, abra nuevos horizontes subjetivos.

Ahora bien, si de mitos se trata, también desde el psicoanálisis y su método -la asociación libre- se abre la posibilidad de dar lugar a los tropiezos, lapsus, sueños, recuerdos, olvidos; e incluso a algún gesto cómico capaz de suavizar

las solemnidades. Lo que también posibilita ubicar algunas identificaciones y, de resultar necesario, deconstruirlas en pos de una articulación novedosa. Un ejemplo de ello, ocurre cuando el relato desplegado en un análisis, sorprende al sujeto al pronunciar algo que hasta el momento ignoraba, que no recordaba con precisión o ¿por qué no?, inventó. La historia que se cuenta, entonces, no queda fijada de una vez y para siempre; el origen es aún y, a partir de sus restos y retornos, puede ser interrogado y leído por aquello que irrumpe en el decir, más allá de la voluntad.

Esta manera de interrogar los puntos de quiebre en la propia biografía conduce necesariamente a preguntar qué implica leer, desde dónde se lee y cómo se construye un lector. Parafraseando a Ritvo, podría decirse que se lee desde el cuerpo y el nombre. Algo de ese cruce se pesquisa cuando se levanta la vista del texto y se produce la confrontación con un vacío; un hiato que permite leer más allá del acto mecánico, al prescindir de la necesidad de seguir con la mirada una palabra tras otra. En este punto la lectura se devela como una práctica erótica donde se ponen en juego el cuerpo y el nombre: el lenguaje atravesando la carne y la mirada oficiando de puente o cruce entre ambos. Se trata, entonces, menos de acumular un saber que de ejercitar un punto de vista, un recorte del objeto que establece una posición desde la cual algo ingresa, toca o marca algún aspecto de interés en la historia del sujeto y, simultáneamente, otra parte se olvida, se pierde y queda por fuera. En definitiva, también se lee desde aquello que falta o no dice el texto.

La lectura constituye asimismo, una práctica de la dificultad, en tanto no cesa de cuestionar esa pareja extraña que conforman la obra y el lector con su nombre y su cuerpo. Al respecto, Oscar Masotta (2012) señalaba, retomando a Lacan, que el analista forma parte del concepto de inconsciente. Por homología, puede afirmarse que la lectura determina y es determinada por su objeto, de modo que no es posible pensarla como una práctica neutral o desligada de la posición de quien lee.

Es posible arribar a un paralelismo entre el estatuto de la lectura y la paradoja estructural de la filiación analizada previamente: así como no hay filiación sin separación o desligadura, tampoco hay lectura sin la intermediación de un corte, un acto o una pérdida. Establecer una posición ante el texto implica

apostar a una dirección en detrimento de otras. Si bien existe una carretera, se imponen encrucijadas -equívocos y olvidos- que exigen un salto y una decisión para que una lectura se produzca. Al respecto, Gonella (2023) señala:

> En estas dimensiones, el lector irá encontrando lugar cada vez, con cada retorno al texto. Ese retorno es subsidiario de un olvido que se encuentra en cada acto de lectura […] En ese acto que Foucault denomina instauración, situamos el acto de leer, lectura que encuentra en el olvido su condición de necesariedad. (pág. 42)

Desde esta perspectiva, puede afirmarse que el acto de leer se eleva a la categoría de instauración, en tanto el lector no ejerce un rol pasivo; al leer desde el olvido, produce y funda sus propias coordenadas de interpretación. La relectura constituye una mera repetición mecánica, pero como el lector olvida, cada regreso al texto deviene un acto fundacional a partir del cual se instaura un sentido nuevo que previamente no existía para él. El olvido borra la fijeza del texto y le devuelve su poder de generar discursos nuevos.

Estas lagunas que aparecen al leer, el levantar la vista o los lapsus en la lectura, comparten ciertas características con las formaciones del inconsciente. Una especie de lectura sintomal: aquella que en su práctica involucra al cuerpo del lector, su nombre, su historia y su condición de sujeto parlante. Aquello que se presenta como una falla, una interrupción o un olvido no constituye necesariamente un obstáculo para la lectura, sino que puede abrir un lugar para el sujeto que lee más allá de la mera reproducción.

Construir una posición de lector implica generar un espacio intermedio entre aquello que se lee y quien lee. Se trata de una especie de linde donde por momentos, al igual que en el lazo filiatorio no resulta sencillo discernir entre lo uno y lo otro. Es por ello que, para leer, se precisa de una distancia; allí, donde siguiendo la metáfora de la carretera principal, aparece la encrucijada. En ese vacío de sentido ocurre la lectura donde no se la espera y comienza el camino del lector que, parafraseando a Barthes (1968), paga su nacimiento con la muerte del autor. Es decir que, si se permite interrogar o traicionar ciertas verdades irrevocables, se abre la oportunidad de una lectura y un lugar

singular, sin quedar aplastados por autoridad de la cita. Al respecto, Piglia (2014) se pregunta:

> ¿Quién es el que lee?, ¿Dónde está leyendo?, ¿Para qué?, ¿En qué condiciones?, ¿Cuál es su historia? […] Para poder definir al lector, primero hay que saber encontrarlo. Es decir, nombrarlo, individualizarlo, contar su historia. La literatura hace eso: le da al lector un nombre y una historia, lo sustrae de la práctica múltiple y anónima, lo hace visible en un contexto preciso, lo integra en una narración particular. (pág. 22)

La pregunta por el lector devuelve, entonces, a la pregunta por la herencia y por aquello que se hace con lo recibido. Si leer implica necesariamente una posición, la transmisión no puede reducirse a la repetición de lo idéntico. Leer la propia historia supone pesquisar allí una huella, pero también tomar distancia de ella para interrogarla y producir una relación singular con el legado. En este sentido, la filiación no se presenta únicamente como el determinismo que antecede al sujeto, sino como una trama abierta que puede ser leída y transformada. Es en ese movimiento donde se abre la pregunta por lo que un sujeto puede hacer con aquello que le fue dado -y con lo que no-, haciendo de la lectura una de las operaciones fundamentales para construir, en la encrucijada, un lugar propio.

Autorización y estilo:

Si se considera a la lectura como una instancia que permite ir más allá de las alienaciones o identificaciones -necesarias e inevitables- sólo a condición de una distancia o corte, se abre la posibilidad de una autorización para producir un decir o un escrito más allá de la mera repetición. Bajo esta perspectiva, este proceso opera como un efecto filiatorio que ocurre a posteriori, donde interrogar la propia historia constituye la condición para poder leer todo lo demás. Traicionar la autoridad de la cita, para que otros dejen de pensar por el sujeto desde el catálogo de términos, implica entonces asumir una posición frente a aquello que se recibe y se lee.

Esta operación queda ilustrada cuando Lacan propone el retorno a Freud. Su propuesta no es la de repetirlo o citar miméticamente, ya que saber a Freud de

memoria significa, precisamente, anular la posibilidad de leerlo. Retornar es, en este sentido, producir un corte con la fascinación de la letra sagrada para consentir a la invención. Que se diga “asumir la castración” como eslogan no dice nada; es reproducir sin hacer la propia experiencia. Al saber algo de memoria no se incluye ningún tipo de deseo en eso, ya que las frases se pueden repetir y, en esa captura del sentido, radica el problema de hablar sobre algo sin estar afectado por ello.

En el ensayo “Roberto Arlt, yo mismo” (2010), Oscar Masotta relata, entre otras cosas, que salvó su vida a través de la lectura. Es por ello que a los 21 años se propuso ser escritor. Palabras más, palabras menos, Masotta era hijo de un banquero que no estaba muy interesado por la cultura o la estética; lugares a los que Oscar trataba de ingresar. Dice:

> Yo llenaba entonces, y trabajosamente las hojas de un grueso cuaderno Avón, mientras que, manipulando palabras, hacia una cierta experiencia del mundo, a cuyo sentido, llamaré de esta manera: lo siniestro. Esto significa: quería ser escritor y cuando intentaba hacerlo encontraba que no conocía el nombre de las cosas. Sentía que no era más que un farsante. (p. 240)

Agrega Masotta que cuando escribía el libro *Sexo y Traición en Roberto Arlt*, intentaba copiar el estilo de Merleau-Ponty y Sartre y, por añadidura, el hecho de escribirlo lo ayudó a descubrir con sorpresa el sentido de la existencia de la clase a la que pertenecía; entre él y las novelas de Arlt, había una relación más estrecha que entre un alto profesor universitario parisino. Así, entre la cercanía con Arlt y las influencias de Merleau-Ponty y Sartre, Masotta confiesa que se sentía “exótico”, como resultado de la unión de sistemas simbólicos que poco tenían que ver unos con otros.

Al leer dicho fragmento se podría conjeturar que aquello que Masotta nombra como “exótico” y en otras ocasiones como “farsa”, son sensaciones para nada ajenas que se manifiestan al escuchar, leer, escribir o reproducir en los exámenes sobre autores y libros que se conocen por primera vez, ya que dicho encuentro no sucede en continuidad armoniosa. Entonces, ¿A dónde o a qué

recurrir a la hora de tomar la palabra o producir un escrito?, ¿Desde dónde autorizarse? La sensación de impostura no es ajena. Si la invención -que no coincide con la originalidad- es posible, es porque implica soportar la orfandad que produce la encrucijada cuando, en el mejor de los casos, no hay Otro que pueda responder por el sujeto.

Es en este punto donde la invención puede pensarse como un artificio; implica un acto que corta un pasado y un futuro en el sujeto que enuncia, cambia su posición, algo se vuelve irreversible. Esto abre la posibilidad de una lectura distinta y, a partir de allí, una distancia que permite involucrarse activamente y poder sortear algo de aquel destino evolutivo o lineal de los sucesos, que, a partir de ese momento, permiten narrar e implicarse de otra manera. Se trata de soportar ese vacío que confronta a generar una diferencia con aquello que antecede, sin por ello desconocer las marcas.

Masotta, por su parte, inventó aquello que no tenía. La lectura le permitió construirse un lugar en un mundo al cual no pertenecía por herencia: grupos de formación junto a amigos como David Viñas y León Rozitchner.

Aproximarse a un estilo, a una forma de decir, escribir o transmitir, sólo es posible si se tiene un deseo, un objeto causa, porque no existe la autenticidad; lo que cuenta en este punto es hacer la propia experiencia, y eso es intransferible.

Quizás sea allí donde pueda ubicarse la autorización: no en la posibilidad de desprenderse de las marcas que anteceden, sino en hacer algo con ellas. La invención no supone, entonces, partir de la nada, sino encontrar, desde aquello que se recibe, una forma singular de decir, escribir o transmitir. Un estilo que no se hereda, pero que tampoco surge sin herencia. Lo exótico se efectúa justamente en ese cruce de lo familiar y lo extranjero. Si la filiación universitaria, la transmisión y la lectura no quedan garantizadas por los títulos o las genealogías lineales, es porque la invención requiere de un acto: el paso de la reproducción al artificio que aloja la propia falta y produce, allí mismo, una marca singular. Es en ese punto donde puede comenzar a aparecer un estilo.

Reflexiones finales:

A lo largo de este recorrido se ha intentado cercar una paradoja fundamental: la filiación universitaria no se recibe como un título de propiedad ni se garantiza mediante la mímica de una historia lineal. Si la institución académica y el discurso Amo empujan con frecuencia a la masificación y a la captura del sentido a través de la reproducción de contenidos, la pregunta que subsiste en el horizonte es qué hace un estudiante, un lector ante la instancia de encuentro con el vacío que agujerea todo saber constituido.

Interrogar la herencia —convertirse en un "semi-heredero" que hace hablar a las nervaduras del mármol— implica soportar que el Otro está barrado. La invocación del “tú” que hace el docente en una instancia de examen, el recorte que hacemos del texto en la práctica de la lectura y la orfandad frente a la encrucijada del saber, no son vacíos que deban ser obturados. Por el contrario, son las condiciones éticas de posibilidad para que una transmisión tenga lugar. El olvido y la falta no se presentan aquí como obstáculos en la transmisión, sino como el linde necesario desde donde el sujeto puede autorizarse.

La experiencia de Oscar Masotta demuestra que el estilo no surge de la pureza ni de la originalidad absoluta, sino de un cruce exótico, de una costura irreversible entre la letra extranjera que se recibe y la historia familiar y de clase que habita a cada sujeto. Tomar la palabra en la universidad no implica desasirse de las marcas que anteceden, sino consentir a una pérdida y traicionar la autoridad para hacer algo nuevo con sus restos. En última instancia, el paso de la reproducción académica al artificio singular no borra la falta: la aloja. Es precisamente allí, en la asunción de esa intemperie, donde el deseo opera como causa para que el sujeto deje de ser el eco de un catálogo de términos y apueste, finalmente, al advenimiento de un estilo propio.

Referencias bibliográficas:

Barthes, R. (1968). La muerte del autor. *Mantícora*, (2), 12-16.

Benedetto, A. (2011). *Rehabilitación: 5 ensayos críticos sobre un discurso médico*. Finis Africae Ediciones.

Bourdieu, P. (2014). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Siglo XXI.

Bugacoff, A., Czerniuk, R., Haimovich, E., Kreszes, D., Nucenovich, N., Rozemberg, L., & Sneh, P. (2001). *Superyó y filiación*. Laborde Editor

Foucault, M. (1971). *Nietzsche, la genealogía, la historia*. Pre-Textos.

Freud, S. (2012). *Obras completas: Tótem y tabú y otras obras (1913-1914)* (Vol. 13). Amorrortu Editores.

Lacan, J. (2017). *El Seminario de Jacques Lacan, Libro 17: El reverso del psicoanálisis (1969-1970)*. Paidós.

Masotta, O. (2010). Roberto Arlt, yo mismo. En *Conciencia y estructura*. Eterna Cadencia Editora.

Masotta, O. (2012). *Lecturas de psicoanálisis: Freud, Lacan*. Paidós.

Mazza, C. (2018). *Palabras de ocasión*. Los Ríos Editorial.

Piglia, R. (2014). *El último lector*. Editorial Anagrama.

Salas Avilés, Z. J., & Almonte García, G. (2013). El grupo de estudio. Una posibilidad en la transmisión del psicoanálisis. *Uaricha, Revista de Psicología*, 10(22), 127–138. umich.mx

Zambra, A. (2023). *Literatura infantil*. Editorial Anagrama